

# Pequeños patricios, hermanos mayores. Francisco Próspero Pérez como emblema de los *sans-culottes* capitalinos hacia 1846-1847

Luis Fernando Granados\*

*En la esquina de la plaza del Volador, y subido como en alto, estaba un hombre; pelón, de ojos muy negros, de cabello lanudo y alborotado, de chaquetón azul, que hablaba muy al alma; su voz como que tenía lágrimas, como que esponjaba el cuerpo. [...] Aquel hombre era don Próspero Pérez [,] orador de la plebe, de mucho brío y muy despabilado, como pocos.*

Martín Zapatilla (Guillermo Prieto)

**P**equeno entre los pequeños de su estirpe, Francisco Próspero Pérez tiene no obstante —al menos para quien esto escribe— el encanto de lo imperfecto, de lo marginal, de lo incompleto. Aunque su existencia como sujeto histórico no es ni de lejos tan escuálida como la de tantos individuos que aparecen en los registros judiciales, económicos y políticos y que, a menudo, sólo sirven para sazonar explicaciones o fábulas abstractas, es claro que tampoco posee la densidad de los personajes (los héroes que nos dieron patria) ni tampoco, mucho menos, de las personas

\* Georgetown University. Estas páginas deben mucho a la sabiduría y la generosidad de Rubén Amador Zamora, Rosario Inés Granados Salinas, John Tutino y Sandra Rozental. Estoy seguro de que reconocerán sus voces, su sensibilidad, aunque mi impaciencia las haya deformado un tanto. Sandra tendría que saber, además, que esto ha sido escrito sobre todo para sus ojos.

que inspiraron a esos personajes (las que hicieron la patria sin darse cuenta). Es apenas una decena de indicios, de rastros oscurecidos por el tiempo, que se extienden dispersos a lo largo de dieciséis meses, de septiembre de 1846, cuando su voz —profética— se escuchó en la sala capitular del ayuntamiento de México, a enero de 1848, cuando un oficial de policía lo contó entre las víctimas mortales de un pleito callejero (una pequeña batalla que dejó además quince heridos) entre vecinos de los barrios de Santa Ana y Santa Catarina y algunos carretoneros del ejército estadounidense de ocupación. De ese puñado de instantáneas, la más luminosa, la más perfecta en su trivialidad, proviene de la mañana del 14 de septiembre, 1847, cuando se alzó su voz en la frontera entre el Zócalo y el mercado del Volador y, en uso de una retórica que no puede sino recordar a *Los miserables*, convocó, provocó, acompañó la rebelión con que las fuerzas victoriosas de Winfield Scott fueron recibidas en la ciudad de México: “¿Qué no nos hablan esas piedras de las azoteas?”

Magro como es, sin embargo, lo que sabemos de Francisco Próspero Pérez tendría que permitirnos caracterizar sus actos y sus palabras, definirlo históricamente, de manera que ese grupito de instantes se vuelvan significativos y sea meritorio ocuparse —como aquí— de ellos. Apuremos entonces la definición: este sujeto de vida incierta y hechos que bordan lo literario parece

haber sido un intermediario social, un gozne entre la vieja sociedad y la nueva política, un espécimen de ese género que al parecer floreció en los primeros decenios del siglo XIX como resultado de la independencia, la fractura del Antiguo Régimen y la imposición del “liberalismo”.<sup>1</sup> (Las comillas tienen la intención de advertir que cuando en estas páginas se dice liberal o liberalismo se está pensando menos en la izquierda política de entonces o en quienes se llamaron a sí mismos liberales a partir de los años cincuenta que en un orden cultural todo, burgués antes que aristocrático, partidario del derecho positivo antes que del consuetudinario, romántico pero a la manera de Ingres, o de Clavé, que se parece a la Academia de Letrán en cuanto que las coincidencias clasistas, morales, estéticas y políticas de quienes en ella, en él, participaban eran más poderosas que las divergencias electorales o la afición por este o aquel autor.) Como los grandes de su especie (Juan Álvarez, Manuel Lozada y Juan Francisco Lucas, por ejemplo) y, de manera más enfática aún, como los que apenas se diferencian de él en rango político e historiográfico (el Pío Marcha que elevó a Iturbide al trono imperial en marzo de 1822, el José María Lobato que precipitó el alzamiento popular de diciembre de 1828, el Lucas Balderas que fue muerto en la batalla del Molino del Rey en septiembre de 1847), Francisco Próspero Pérez es indudablemente un actor secundario, un comparsa, cuyo sitio en el gran teatro del mundo parece sólo añadir majestuosidad a la tragedia: los grandes temas historiográficos no encuentran explicación ni se expresan cabalmente en sus actos y en sus palabras. Y, no obstante, las líneas que murmura en el proscenio, en sus pocos minutos frente al graderío, deben ser escuchadas si queremos comprender cómo fue que la sociedad mexicana —lo que sea que ello signifique— sobrevivió al siglo antepasado.

### Palabras, estados, paradojas

En especial en los últimos años, como parte de la revisión del revisionismo, individuos como Francisco Próspero Pérez han sido vistos, de manera cada vez más insistente, como agentes, “desde

abajo”, de una nueva forma de sociabilidad política, liberal, “asociativa”, que se impuso sobre, negoció con y transformó a la cultura política pactista o corporativa del antiguo régimen novohispano:<sup>2</sup> cuando el modo barroco de producción, podríamos decir, comenzó a ser desplazado por la razón despótica de la primera revolución industrial. La clave de la definición, obviamente, está en el sintagma que durante décadas fue en los hechos la divisa de *Past and Present*: si la modernidad política había sido explicada hasta más o menos los años ochenta del siglo XX como resultado de la irrupción foránea y “desde arriba” de un conjunto de ideas y prácticas elitistas y extranjerizantes (entre los afrancesados del tiempo de Godoy y los científicos porfirianos la continuidad parecía incontestable), el oído más sensible de quienes practican lo que a veces se llama la “nueva historia política” ha permitido recuperar lo endógeno, lo indígena, lo propio y lo local de la revolución liberal decimonónica.

No he escrito “oído más sensible” por mera pretensión estilística. Quiero más bien enfatizar el nominalismo de la nueva historiografía política, o sea el presupuesto en el que reside buena parte de su fuerza hermenéutica: la recuperada conciencia de que las palabras y los lenguajes —la cultura toda— son mucho más que simples formas de expresión o, mejor, que la gramática de la expresión y la historia cifrada en cada palabra, en cada tropo, en cada práctica simbólica, afectan decisivamente la naturaleza de lo expresado. La paradoja historiográfica que ha resultado de esta operación es bien conocida: a fuerza de tomarse en serio las palabras, los discursos, las prácticas y las instituciones que comenzaron a circular y a afincarse en la Nueva España desde la primera década del siglo XIX, una porción nada insignificante de la mitología del estado ha resultado reivindicada, un poco a la manera en que Schliemann acudió al rescate de Homero y lo mostró animado no sólo por Caliopea sino —también— por Clío. Al mismo tiempo, así como el descubridor de Troya consiguió alterar de manera significativa los estudios helenísticos al negarse a leer sólo en clave alegórica los sucesos de *La Iliada*, la nueva historiografía política del siglo XIX ha progresado a causa de haber reempla-

zado el viejo, diríase milenario énfasis en la lectura entre líneas como procedimiento analítico por antonomasia y ha perseguido un delicado, siempre inestable equilibrio entre lectura literal y “literaria”, entre candidez y paranoia cognitivas, que a menudo es más fácilmente proclamado que manifiesto.

No es necesario leer entre líneas, por fortuna, para advertir que una cierta ambigüedad flota alrededor de este esquemático juicio sobre la manera en que la nueva historiografía política ha caracterizado la función y el sentido de la actividad política de quienes, como Francisco Próspero Pérez, hablaron palabras y perpetraron acciones liberales a lo largo del siglo XIX sin pertenecer plenamente a las élites mexicanas. En lo esencial, la ambigüedad tiene que ver con el hecho de ser el proceso de construcción del estado liberal (y no la cultura política popular y los políticos populares) la materia primordial, el objeto último de estos análisis. Si la mirada advierte la *participación* popular en la formación del estado, si es posible percibir la *influencia* de ciertos giros y temas populares en la retórica de algunos de los grupos y paladines de la élite y aun en el diseño de un puñado de leyes e instituciones, es claro que la mira a través de la cual se observa está siendo dirigida, en el mejor de los casos, a la relación entre el estado y las clases populares, y sólo de manera subsidiaria al terreno propio de las clases, los grupos y las personas silvestres, al margen del poder y sin más recursos retóricos que los fraguados durante los siglos coloniales —y es claro también que esta orientación enfatiza, acaso demasiado, las rupturas y los procesos de aprendizaje dentro de la cultura política “de abajo”.<sup>3</sup>

Puesto que la construcción del estado parece ser lo que vuelve inteligible la participación pública de las comunidades y sus agentes, lo que convierte a la vieja manipulación en *rational choice*, acaso sea útil detenerse un instante a considerar los motivos por los que el estado pudo resultar un aliado indispensable o atractivo para alguien. En otras palabras, quizá valga la pena averiguar por qué un estado ostensiblemente débil e incapaz de establecer nuevas reglas del juego, controlar a sus beneficiarios y aun comportarse con dignidad

en el concierto de las naciones pudo ser visto alguna vez como socio deseable —confiable— para las comunidades. Podemos imaginar que la percibida solidez centenaria de la monarquía española pudo haber llevado a las comunidades campesinas de la ciudad de México (Mexicalzingo sobre todo, pero también Mixuca y sin duda la república “rebelde” de San Antonio de las Huertas) a adoptar el lenguaje gaditano tan pronto como éste estuvo disponible, o que la rumbosa inauguración del imperio y más tarde de la república federal hizo creer a los ex artesanos agremiados (las “masas” que colocaron en el trono a Iturbide, las tropas de choque de los yorkinos a fines de los años veinte y de los jacobinos a principios de los años treinta, según la opinión experta) que el nuevo régimen sería tan duradero y tan eficaz como el antiguo.<sup>4</sup> Pero tras veinte años de parálisis, vacilación y sainetes, ¿habrá habido alguien dispuesto a creer en las proclamas de los exiliados federalistas o en el orden ofrecido por las bases de Tacubaya?, ¿habrá habido alguien que no hubiera experimentado (para su desgracia pero sobre todo para su fortuna) la himaláyica charlatanería de los poderosos?, ¿tenía algo que ofrecer el estado si ya había renunciado a la mediación corporativa y al mismo tiempo no conseguía recuperar el monopolio de la violencia y la ley?

Puede ser, por supuesto, que haya algo de teleología en este bosquejo del estado del estado a mediados de los años cuarenta. Cuando los moderados derribaron al gobierno de Santa Anna en diciembre de 1844, nadie hubiera imaginado —nadie especuló seriamente, al menos— que tres años después, en el invierno de 1847-1848, el estado fuera a encontrarse en el nadir de su existencia, a un paso de su disolución de hecho, desafiado por todas partes (en Capitol Hill lo mismo que en la sierra Gorda, en el Desierto de los Leones lo mismo que en las Tierras Bajas mayas) y prácticamente sin voluntad ni proyecto. Basta y sobra, sin embargo, contemplar el vertiginoso, complejo y contradictorio espectáculo de la política de altos vuelos durante 1845 y 1846 para advertir que el carro del estado, el poder de los poderosos, estaba descoyuntándose en cada curva y ante cada bache del camino: con intensidad análoga a la de los primeros años veinte, y de manera

aún más febril, las facciones de la élite especularon con todas las formas constitucionales posibles, baladronearon con una guerra internacional más irresponsablemente que nunca y agitaron la bandera de la democracia radical y la xenofobia para convocar a las “clases peligrosas”, en especial a los habitantes de esos fantasmagóricos, infabables barrios de donde, veinte años atrás, habían surgido los saqueadores e incendiarios del Parián. En todo caso, si no es posible asegurar qué fue lo que llevó a las clases populares a buscar o a aceptar alguna forma de acuerdo con “los de arriba”, puede que sea útil intentar resolver ese misterio, o al menos no asumir, ahora sí de manera plenamente teleológica, que el estado mexicano de la primera mitad del siglo XIX era un actor central en la vida de la sociedad porque estaba destinado a serlo en las décadas siguientes.

### Alianzas, mitotes, discursos

Parece claro que en diciembre de 1844, cuando un grupo de jefes barriales apoyó en esa condición, conjunta y públicamente, al congreso en su disputa con la presidencia de Canalizo,<sup>5</sup> y de manera aún más obvia al año siguiente, cuando una multitud paseó por las calles la tibia y el peroné del héroe de Tampico, la alianza entre una parte de la clase política y algunas comunidades barriales (hija y réplica de los acuerdos que permitieron el triunfo de los Guadalupe en las elecciones municipales de noviembre de 1812, el zafarrancho imperialista de marzo de 1822, la rebelión de las milicias meridionales un año después, el bienio *sans-culotte* de 1826-1828, la fugaz experiencia popular del gobierno de Vicente Guerrero y el experimento jacobino en 1833-1834) quedó de alguna manera restablecida. La pasta de la que estaba hecha, empero, no puede ser tan fácilmente descrita; las prendas ofrecidas o intercambiadas entre los letrados y los habitantes de los barrios constituyen de hecho un misterio.<sup>6</sup> De entrada porque, como a menudo ocurre con este género de historia, conocemos sólo uno de los tres lados de la conversación entre las élites políticas, los dirigentes barriales y las comunidades urbanas. Y en segundo término, porque es difícil interpre-

tar el contraste entre la agudeza del conflicto social y la relativa quietud de la actividad política popular en la década anterior a la “revolución decembrista”: mientras que los estallidos de marzo de 1837 y diciembre de 1841, sobre todo, son una evidencia de aquélla, la tranquilidad (que algo debió al giro antipopular que tomó la alta política durante el centralismo), anima a imaginar, por el contrario, algo como lo que ocurrió en algunas regiones del país en los años veinte —particularmente en el Bajío—, o sea un triunfo cotidiano, concreto, silencioso, de las comunidades.<sup>7</sup>

Algo así de esquivo y perturbador, quizá, podría estar implícito en la transformación social y política, que se antoja llamar *gentrification* (y mejor en inglés, que así sobresale lo preindustrial de su “adecentamiento”), de algunos de los operadores, intermediarios, líderes populares del tiempo de la primera república federal. Porque aunque es cierto que Manuel Reyes Veramendi estaba todavía en condiciones y dispuesto a organizar un batallón miliciano para combatir a la rebelión monarquista en diciembre de 1845,<sup>8</sup> también es palmaria la profundidad del abismo que separaba al conspirador iturbidista, rebelde de diciembre de 1828 y diputado radical en 1833, del prudente alcalde de la ciudad de México decidido a contener el alzamiento popular el 14 de septiembre de 1847.<sup>9</sup> Y del mismo modo, aunque es justo reconocer que a los guardias nacionales comandados por Lucas Balderas desde fines de 1846 se les llamó “*polkos* de verano” para resaltar la distancia indumentaria —y por ello social— que los separaba de los currutacos que al parecer constituían el grueso de los rebeldes de febrero-marzo de 1847,<sup>10</sup> también es evidente que entre el sastre miliciano involucrado en el asalto del Parián y alquimista electoral de 1833, y el proveedor de uniformes del ejército aliado con la jerarquía católica para derrocar a Gómez Farías, había algo más que pura y simple vejez.<sup>11</sup>

Cuando al fin la singular coalición de federalistas radicales y partidarios de Santa Anna derribó al gobierno de Paredes, en agosto de 1846, el carácter y la forma de los acuerdos deben haber estado debidamente establecidos, por más que no haya rastros de movilización popular, ba-

rial, en los días de la revuelta de la Ciudadela. En este momento de la investigación el acuerdo no puede ser apreciado sino como un telón de fondo, como la condición necesaria para la actividad liberal “desde abajo”, pero pensarlo al mismo tiempo que se mira a los actores y se escuchan sus voces es quizás el mejor remedio contra la tentación de ver sólo manipulación (una maniobra de los puros para incrementar su influencia en el gobierno de Salas o, más probablemente, un intento casi ansioso para impedir la resurrección de los moderados)<sup>12</sup> o una mudanza súbita y profunda en la cultura política de los dirigentes populares. En especial porque el suceso más significativo de la vida política capitalina en septiembre de 1846, más que el tira y afloja entre puros y moderados, más que el regreso triunfal de Santa Anna, parece implicar, invita a suponer, una ruptura radical con las formas tradicionales de la política novohispana. El establecimiento de una “sociedad federativa” en el edificio de la Real y Pontificia Universidad de México, en efecto, pero sobre todo la ¿realización, celebración? de los primeros *meetings* de que se tenga noticia, a partir del 8 de septiembre, parece responder a un principio político individualista, liberal, “asociativo”, situado en las antípodas del corporativismo de antaño y destinado, según los oráculos, a remplazarlo.<sup>13</sup> (Que las reuniones públicas tengan todavía nombre en inglés resalta el dilema cultural y político de los puros —si no los únicos participantes de las reuniones, sí sus principales animadores—, puesto que los más vociferantes partidarios de la guerra son también los más fervientes admiradores de Estados Unidos.) Y no obstante, el sustrato pragmático de su funcionamiento, la prominencia de Manuel Crescencio Rejón y el muy joven pero ya —deliciosamente— arrebatado Juan José Baz, recuerda menos al impronunciable concepto de Tonnies que a la experiencia concreta del original “club” que se instaló en el convento de los jacobinos parisienses.<sup>14</sup>

Éste es, pues, el contexto en el que debemos situar las palabras y las acciones de Francisco Próspero Pérez. No es claro que haya participado desde el primer día en los *meetings* ni formado parte de la Sociedad Federativa desde su fundación, y —peor todavía— aunque no sepamos si

era un recién llegado a las filas del radicalismo o si pertenecía a la generación de líderes populares surgida en los años veinte y curtida en la paradójica experiencia del triunfo a principios de los años treinta (su pequeñez sugiere lo primero y aun anima a percibir una relación inversamente proporcional entre edad y aspirantismo, por una parte, y moderación discursiva y “éxito” político, por la otra, que quizá sea menos anacrónica de lo que resulta a simple vista si, como parece, muchas élites comunitarias comenzaron a resentir la presión demográfica desde fines del siglo XVIII). Pero al menos sabemos que a mediados de septiembre ya es uno de los activistas más destacados del renovado federalismo radical, un pico de oro, no obstante que —o más bien porque— dice “cada blasfemia como una montaña”,<sup>15</sup> pero cuyo nombre, cuya adscripción social, debe ser enunciada para que se sepa cuál es su valor simbólico. Al menos a ello se siente obligado el cronista que registra las ceremonias con que la ciudad y la renacida federación reciben a Santa Anna el 14 de septiembre de 1846.

Tras una procesión que manifiesta el vigor de las prácticas simbólicas del barroco (la ruta es sinuosa y teatral, los carros incluyen *tableaux vivants* de los héroes de la independencia y una “imagen” de la Constitución; el arco del triunfo que decora la desembocadura de Plateros es una alegoría de los deberes del gobierno y el promisorio futuro), el presidente moral de la república es recibido por el ayuntamiento en sus casas. Escucha ahí, en un orden que también se antoja cargado de resonancias preliberales, las palabras del general Salas, encargado formal del poder ejecutivo; el elogio de una niña de diez años vestida de india, quien le recuerda su título de “benemérito de la patria”; la prudente y sobria bienvenida de Vicente Romero, alcalde primero de la corporación municipal, y al fin la admonición de un representante de las “masas del pueblo” designado, ¿elegido? para la ocasión. Perora con entusiasmo Francisco Próspero Pérez, celebra el regreso del “generalísimo”, hace augurios felices. Pero también lo encara:

Mas si este dia es tan plausible como grande, cuanto mas no será aquel en que[,] desa-

rollado vuestro programa, adoctrinado vos en la desgracia, y conociendo el origen de nuestro[s] males, unidos todos de buena fé, y evitando aberraciones, déis fin á nuestra[s] revueltas interiores, y logréis realizar la suspirada felicidad de la patria. [...]

Esta empresa loable y gloriosa, ¡¡¡difícil para los opresores!!![,] fácil para vos, si como lo habeis ofrecido, os entregais en los brazos del pueblo, y si como, será ciertamente, os ayudamos según nuestra esfera.

Quinceñas, en su sillón, sonrío ¿incómodo? y asiente con gravedad. El recuerdo de los hechos de 1834 ha chasqueado como un látigo en mitad de la sala. Si es pública la reconciliación entre el “partido militar” y las “masas del pueblo”, las amenazas también son públicas. Seguramente por eso Andrés Quintana Roo prefiere recuperar la parsimonia republicana en su intervención. Seguramente por eso el propio Santa Anna, para finalizar la ceremonia, prefiere limitarse a agradecer los elogios. La jornada concluye con el inevitable *Te Deum* catedralicio y más tarde la también inevitable retirada de Santa Anna a Tacubaya, a los gallos, a la intriga.<sup>16</sup>

En las semanas siguientes, la ciudad es, casi literalmente, la Babilonia que sus malquerientes imaginan. Como los términos de la alianza entre Santa Anna y los puros obliga al gobierno a restablecer (con el más conservador nombre de guardia nacional) las milicias cívicas que tan centrales fueron para la política de los radicales desde principios de los años veinte, así como a relajar los constreñimientos legales para la participación electoral (lo que, al menos en principio, debe volcar a decenas de miles de capitalinos al espacio político liberal), los barrios y sus dirigentes se convierten de súbito en la manzana de la discordia entre puros y moderados, para quienes la lealtad de los ciudadanos-soldados y los ciudadanos-votantes debería inclinar en su favor la balanza de la alta política. Que la prensa esté funcionando de nuevo a todo vapor, que no cese la preocupación de la silenciosa pero crucial minoría de grandes financieros y comerciantes, que la ansiedad demagógica de los militares los haga seguir jugando al conspirador y también, por su-

puesto, que las noticias venidas de Nuevo León sean terroríficas (desde la irrupción de los insurgentes en Guanajuato, en 1810, ninguna ciudad mexicana ha padecido un asalto militar como el que los estadounidenses lanzaron contra Monterrey a fines de septiembre de 1846), no hace sino exacerbar el conflicto entre los partidarios de Gómez Farías y los allegados de Gómez Pedraza.<sup>17</sup>

Inevitable si reconstruimos de adelante para atrás la lógica de los acontecimientos, subrepticio durante agosto y las primeras semanas de septiembre por la ambigüedad en que, para variar, se mantuvo Santa Anna hasta su llegada a la ciudad, el choque entre puros y moderados comienza a generar destellos metálicos con motivo de la primera etapa del larguísimo proceso electoral legislativo, el 27 de septiembre. Denunciadas por casi todos los grupos políticos con excepción —obviamente— de los puros, las elecciones de electores son al parecer controladas por ellos y de ello resulta, unos meses más tarde, un grupo de diputados federales de un radicalismo quizá no visto desde 1833: Ignacio del Río, Juan Othón y Manuel Crescencio Rejón, en efecto, no sólo impulsarán la maniobra que hará posible la elección vicepresidencial de Gómez Farías en diciembre de 1846 sino que arguirán por y votarán en favor de la ley de ocupación de bienes eclesiásticos del 11 de enero de 1847. Controladas, o manipuladas, o protegidas, en efecto, por gente como Francisco Próspero Pérez, quien por su actuación es víctima de la aguda e inspirada prosa de Carlos María de Bustamante

Este hombre es un valenton, reconocido desde el día de las elecciones primarias por [los] individuos de propaganda anarquía, portador de sable, de quien se conoce á tiro de ballesta lo que es y lo que puede valer, y lo han sublimado á tal punto ciertos ministros del gobierno, que á algunos los he visto valerse de él.<sup>18</sup>

La reacción de los moderados se concentra en impedir que la guardia nacional del Distrito Federal caiga igualmente en manos de los radicales. Con elegancia y habilidad propia de un manual de estrategia, los amigos de Gómez Pedraza

se mueven con tacto en las alturas y sin escrúpulos debajo de la línea de flotación: mientras fuerzan a los puros a reorganizar los ocho o nueve batallones milicianos que se habían formado desde los días del pronunciamiento de la Ciudadela (los únicos reconocidos por un reglamento el 28 de septiembre), promueven la creación de al menos cuatro nuevos batallones, menos "léperos" en su facha social y comandados por prohombres del liberalismo moderado, que alcanzarán fama y aun estatura —política, patriótica, historiográfica— a resultas de su rebelión en defensa de la jerarquía católica en febrero de 1847 y sobre todo de su desempeño en la batalla de Churubusco, el 20 de agosto siguiente.<sup>19</sup> Aunque el resultado formal de esas operaciones sugiera lo contrario (la guardia nacional sobrevivió a los embates), para mediados de octubre los moderados se han alzado claramente con el triunfo: resulta fracturado el monopolio miliciano de los radicales, la presencia del batallón de Balderas en su campo da a los moderados el control de la mayoría de los cuerpos y mayor legitimidad, y cuando los puros intentan movilizar a sus huestes, el 8, el 14 y el 18 de octubre de 1846, la reacción de los *polkos*, el ejército y el presidente Salas es tan drástica que incluso Rejón y Pacheco, los ministros más próximos a los puros, tienen que abandonar sus puestos. Y se opacan los "regimientos" Aldama, Abasolo, Jiménez, Galeana, Iturbide, Morelos y Matamoros —y se imponen, en la calle y en la memoria, los batallones Victoria, Mina, Bravos, Independencia e Hidalgo.

Antes de estas otras *jornadas de octubre*, no obstante, los puros intentan neutralizar a sus rivales por medios menos violentos y peligrosos. Aunque el propósito expreso y a largo plazo de los mítines de la Sociedad Federativa es promover el patriotismo y la discusión del programa que a partir de enero guiará al gobierno de Gómez Farías, en los hechos, al menos durante los primeros días de octubre, parece que toda su fuerza, las palabras de los tribunos, se encamina a contener la creciente, ominosa intimidad de la boca de Gómez Pedraza con las orejas del presidente Salas. Puesto que las relaciones personales entre ambos Gómez han terminado por constituir la imagen más adecuada para representar

la compleja, neurótica, destructiva relación entre las dos mitades del federalismo, y puesto que muchos deben tener presente el sustrato y, más importante aún, las consecuencias de la estrategia conciliatoria, seductora, de Iturbide con Guerrero durante el invierno de 1820-1821, discurren los activistas radicales (invirtiendo el sentido de una moción que José María Lafragua había aventurado durante un *meeting*) que el modo idóneo de acabar con las intrigas de los moderados es forzarlos a la reconciliación: un abrazo de Acatempan demisecular, pues, que inmovilice las manos de Gómez Pedraza y deje abierto el camino para una cabal reedición del experimento jacobino de los años treinta. Como si supiera que está representando escenas que ya forman parte de la mitología del siglo (las procesiones cívicas, los manifiestos públicos colmados de candidez republicana, ese afán por fundir la vida privada y la pública en una *fraternité* de sabor rousseano) la Sociedad Federativa nombra el 2 de octubre a una comisión de "mitoteros" que debe pedir a Gómez Pedraza se abraza con Gómez Farías en el balcón del palacio nacional a las quince horas del domingo 4.<sup>20</sup> Nada más y nada menos. Forman la comisión Francisco Próspero Pérez, Tiburcio Martínez, José María Ignacio Cisneros, Irineo A. Carrillo, Nicolás Bárcela y Pánfilo Salazar y González, y a ellos, al día siguiente, dirige una carta el ex militar queretano —¿lo dudaba alguien?— en la que niega que sea necesario un golpe de teatro de naturaleza tan ostensiblemente carnavalesca.<sup>21</sup>

Golpea entonces el vozarrón de nuestro héroe. En días consecutivos, el 5 y el 6 de octubre, primero como sustituto del médico tapatío patriarca de la "federacha" y más tarde en el lugar que ya le corresponde por derecho propio entre los jacobinos, Francisco Próspero Pérez sube a la tribuna y acusa a Gómez Pedraza y a los "pedracistas" de falta de patriotismo. Obstaculizar la marcha del gobierno en los días trágicos que se viven, pero sobre todo negarse a obtener de la iglesia católica los recursos necesarios para nutrir a los ejércitos que así batirán a los estadounidenses y reconquistarán Texas, es trabajar en contra de los supremos intereses de la república.<sup>22</sup> Yerra *El Republicano*, más aún, en conside-

rarlo abogado de la anarquía: tanto el periódico que más claramente expresa las ambigüedades democráticas de los moderados como el propio presidente Salas son en realidad los que ponen en peligro el orden y el futuro de la nación. La policía lo detiene apenas terminada su intervención, quizás en la propia universidad,<sup>23</sup> acaso en el Zócalo o aun frente a la casa de Gómez Pedraza, adonde habría acudido al frente de una manifestación a reclamarle su doble desdén (por el frustrado abrazo y porque el jefe de los moderados había prometido asistir a la universidad y no llegó nunca).<sup>24</sup> ¿La causa? El gobernador Gómez de la Cortina lo ha acusado de ser el autor de un panfleto incendiario que al parecer circula en estos días y que incita al saqueo de las “propiedades”.<sup>25</sup> No sabemos, por supuesto, si el cargo que a continuación lanza Francisco Próspero Pérez sale de su boca mientras es llevado a la cárcel, pero es tentador imaginar que es entonces, entre bayonetas y gritos y miradas curiosas, cuando acusa a Gómez Pedraza de ser “traidor” a la patria.<sup>26</sup>

Está a punto de desaparecer Francisco Próspero Pérez del escenario que construyen los cronistas con sus voces, se ocultará a partir de este momento y no volveremos a saber de él sino hasta que la nave del estado se vaya a pique y los barrios y sus dirigentes reaparezcan, de manera violenta y caótica, en las horas inmediatamente posteriores a la ocupación de la ciudad por el ejército estadounidense. Las únicas dos instancias en que su sombra se proyecta hasta nosotros, no obstante, confirman la clase de vínculo que une a Francisco Próspero Pérez con Gómez Farías y contribuyen a precisar el contenido de lo que casi siempre, y casi siempre derogativamente, se llama clientelismo: la reciprocidad de las lealtades, los gestos simbólicos que elevan el estatus del inferior, el efecto corrosivo que tiene esto en las jerarquías sociales. El mismo día que el gobernador del Distrito Federal ordena su prisión, el ministro Rejón escribe a Gómez Farías:

Acabo de saber con disgusto por su grata de hoy, lo acontecido al C. Próspero Pérez, e inmediatamente he procedido a tomar los informes necesarios del gobernador del Dis-

trito, que aguardo prontamente para dar pasos si es preciso, con el fin de libertarlo. Participaré a U. oportunamente el resultado que obtenga en obsequio de su recomendación, por lo cual tengo yo también en lo particular un interés muy activo.<sup>27</sup>

Y tres meses después, como parte de las sacudidas que siguen a la aprobación de la ley de ocupación de bienes eclesiásticos, Joaquín Ladrón de Guevara, nuevo ministro de Justicia del gobierno de Gómez Farías, encuentra un pretexto baladí para no condenarse, o sea para no entrar a saco en los tesoros de los obispos, y renuncia a su cargo. Según se explicó a sí mismo Carlos María de Bustamante, Ladrón de Guevara lo hizo porque “se le hizo imposible el trato ruin de Gómez Farías, pues cuando estaban en juntas serias de ministros, si se presentaba el faccioso Próspero Pérez, [Gómez Farías] los abandonaba y se iba de preferencia a oír los chismes de este malvado”.<sup>28</sup>

### **Piedras, emblemas, sedimentos**

Es frustrante y —peor— sospechoso que en este pequeño esbozo biográfico de Francisco Próspero Pérez lo que sobresalga y, de hecho, lo único que hayamos podido mirar con cierta claridad sean sus actos propiamente liberales, sus relaciones con los políticos de la élite, las palabras que se ajustan a la expectativa académica acerca de la modernización de la cultura política popular en la ciudad de México. El influjo —inercial o subterráneo— de otras formas de concebir y vivir lo público, los valores y los supuestos, las reglas y las formas de la cultura política colonial (barroca en su origen y más compleja gracias al despotismo ilustrado, plebeya por su adscripción social), no ha podido figurar más que como un supuesto, la invención de quien presume la existencia de algo que las fuentes le ocultan. Y no obstante, si he seguido hasta este punto tejiendo un nuevo traje para el emperador es porque estoy convencido de que las palabras que Francisco Próspero Pérez pronuncia en el Zócalo en la mañana del 14 de septiembre de 1847, y en me-

nor medida la embajada que lo conduce hasta el fugitivo presidente Santa Anna unas horas más tarde, revelan menos por lo que dicen que por el contexto, por el escenario en que son dichas, y por la manera en que éste se manifiesta a través de ellas. Dicho de otro modo, me parece que la imagen de un tribuno liberal arengando a las "masas" y convocándolas al combate, así como la figura de ese mismo tribuno informando a Quinceñas de la extensión y la naturaleza de los combates que sacuden a la ciudad, no puede dissociarse del emplazamiento en que la arenga ocurre, de las acciones que el mensaje describe, de las piedras que en el momento de ser invocadas están comenzando a golpear a los soldados estadounidenses y que se precipitan por buena parte de la mancha urbana hacia el mediodía del día de San Crescencio: en suma, que las palabras y los actos de un Francisco Próspero Pérez explican hasta cierto punto, y hasta cierto punto se explican, por la lógica geográfica y temporal del alzamiento en su conjunto, y también, de otra manera, por la suerte de lo que fue quizá la batalla más sangrienta de la guerra entre México y Estados Unidos.<sup>29</sup>

Si del parlamento tenemos dos versiones —una en la que el actor permanece anónimo, la otra que es una doble representación—, el escenario en que se escucha la voz de Francisco Próspero Pérez tiene rasgos lo suficientemente nítidos como para ser descritos y aun, quizás, evocados. Son alrededor de las nueve de la mañana cuando, a caballo desde Tacubaya, el general en jefe del ejército estadounidense llega a la plaza de la Constitución y saluda al general Quitman, comandante de una de las dos divisiones de voluntarios, quien desde hace unos minutos (no más de dos horas, en todo caso) ocupa con su vanguardia la sede del gobierno federal mexicano e intenta formar un cuadro de honor sobre la inmensa plancha de tierra apisonada. Aunque ha habido escarceos, empujones, palabras insultantes entre los soldados estadounidenses y la multitud de civiles que se arremolina en los portales y en las plazas adyacentes, parece claro que no es posible hablar de una rebelión popular sino hasta que Scott cruza la explanada, nombra a Quitman gobernador de la ciudad y se asoma al

despacho que fue de Santa Anna hasta el día anterior. No necesariamente porque los civiles esperen que se corone el triunfo estadounidense sino, con mayor probabilidad, porque la chispa de la rebeldía debe formarse por efecto de la cercanía espacial con los jinetes vencedores (el olor a bosta, el sabor del pantano, el sudor norteño), como resultado de la visión clara y distinta del enemigo (los uniformes deslavados, los rostros desvelados) y ante la evidencia cabal, ineludible, sólida en su concreción, de la ocupación de la ciudad —de la casa.

Colectiva como es en su concepción, fruto de innumerables decisiones que de tan sutiles apenas si merecen nombre tan cargado de simbolismo, la chispa en su alumbramiento, cuando comienza a crepitar, es también un lienzo nervioso, un remolino de miradas que se encuentran, de silencios enfáticos, de palabras que suben de tono y se engarzan y precipitan el movimiento de los cuerpos, las señales veladas, los acuerdos insinuados pero categóricos. Una mano tensa escondida en un sarape. Un insulto pronunciado en la cara misma de un soldado. Una piedra alzándose del piso. La avalancha no sabe que lo es sino hasta que es demasiado tarde, hasta que sus entrañas ya han probado el dulzor inefable de la violencia. No hay, pues no puede haberla, distinción profunda, esencial, entre las palabras y los gestos que ignoramos y los pocos que sobreviven al vértigo, magros, parciales, estilizados, y que no obstante son los que iluminan nuestra ignorancia. Pero no es el azar lo que determina la fortuna de los unos y la evanescencia de los otros, o al menos no es el azar el único responsable. Si un sargento del regimiento de inválidos, por ejemplo, alza su pistola y dispara contra el balcón del palacio, es muy probable que la posteridad nada recuerde, o se percate sólo del impacto de la bala contra el muro. Pero este sargento se llama Miguel Negrete, y decir Miguel Negrete es decir el centro de la línea mexicana en Puebla, el 5 de mayo de 1862.<sup>30</sup> Así también, y mucho más, las palabras que registra Abraham López, que compone Guillermo Prieto, son idénticas en su diversidad, son las mismas aunque enteramente distintas, que aquellas que se deslizan entre esta voluntad y aquella oreja, entre estos labios y aquella conciencia (del

portal de Mercaderes a Empedradillo, de los arcos del Ayuntamiento al portal de las Flores, de Moneda a la plazuela del Seminario, de los cajones del mercado del Volador al horizonte). Pero sobreviven porque quien las pronuncia es un hermano mayor, un pequeño patricio.

“La fuerza con las balas se repele y no con tri-duos y novenas como hacen los ricos; hermanos a las armas”, grita alguien, o así es como lo recuerda la pluma militante de Abraham López unos meses más tarde.<sup>31</sup> Y es imposible no percibir la asociación entre riqueza y devoción católica, binomio que ha comenzado a proponerse en los *meetings* de la universidad pero que sólo se generalizará en la década siguiente, así como las connotaciones democratizantes, subversivas del orden jerárquico, que anidan en el modo (mezcla de retórica cristiana y romanticismo revolucionario) de dirigirse a las personas. “Las mujeres nos dan el ejemplo, ¿qué ya no hay hombres?, ¿qué no nos hablan esas piedras de las azoteas?” completa, se completa, un Francisco Próspero Pérez que no es otro que aquél a quien hemos estado observando pero que es también la memoria del Martín Zapatilla —amigo, personaje, comunidad— que anima y descubre su conciencia en la poderosa escritura de Guillermo Prieto, en 1875.<sup>32</sup> Y si es imposible no advertir la familiaridad de la voz con viejos tropos (románticos, patriarcales), su convencionalismo fabulador (las piedras como agentes morales) y la manera en que fuerza al futuro (la lapidación) a ser contenido por el presente (la convocatoria), también es inevitable no advertir que la acción de las piedras alude a, y es metáfora de, una condición cultural, de un modo de entender lo público, que apenas tiene relación con la política liberal: inmediatez de los actos, materialidad de la justicia, intimidad de los actores sociales, en contra del imperio de la razón abstracta, “representativa” e instrumental.

Del mismo modo, la embajada no es tanto un acto político liberal, aunque tenga obvias connotaciones políticas, como una figura representativa a la manera de las imágenes de los santos mesoamericanos, vehículos para acceder a un ente y el ente mismo. Cuando Francisco Próspero Pérez, en San Cristóbal o en Tulpetlac, habla con

Santa Anna y lo convoca a suspender la retirada del ejército y a sumarse ambos, general y tropas, al alzamiento, es evidente que no representa a nadie y que no habla en nombre de nadie.<sup>33</sup> Pero no es necesario que lo haga para que en su voz se exprese una parte del sentido de la revuelta: sus palabras resultan de hecho metonímicas (aunque en sentido estricto no lo sean), porque en ellas están encarnadas, se están encarnando, las palabras y sobre todo los actos de cientos, de miles de civiles y desertores que en esos momentos combaten a los estadounidenses en buena parte de la ciudad. Así también, cuando la muerte lo encuentre, cuatro meses después del diluvio, en enero de 1848, lo menos importante es que de este modo terminará una vida que en realidad sigue resultándonos opaca. Mucho más significativo es el hecho de que su muerte ocurra en la frontera septentrional de la antigua ciudad española —en algún punto entre los barrios de Santa Catarina y Santa Anna—, región de arrieros disolutos y pendencieros que fue una de las más agitadas en septiembre de 1847, y en un momento en que la ocupación estadounidense estará dejando de ser provisional y un tanto blanda para adoptar un carácter más institucional.<sup>34</sup>

Si hubiera modo de revivir a Luis Montes Oca y pedirle que represente el que se antoja llamar momento inaugural del alzamiento, aunque no lo sea, con el mismo sentido y los mismos recursos expresivos que su *El grito de la libertad en el pueblo de Dolores* (1825),<sup>35</sup> la plancha resultante, la imagen de Francisco Próspero Pérez preguntándose junto al portal de las Flores por el sentido de las palabras de las piedras, sería acaso más semejante a los emblemas que decoran un biombo michoacano de mediados del siglo XVIII que a las narraciones visuales que acompañan —pero acompañan nada más— la crónica fascinante del *Décimo calendario de Abraham López*: más que un relato, una figura retórica. Si descriptiva a la manera de los grabados de Abraham López que evocan la lapidación de los carros estadounidenses el 27 de agosto y el castigo dado a un mexicano el 8 de octubre, será también y sobre todo narrativa y alegórica como la célebre litografía de Carl Nebel que García Rubio ha disecado con precisión: congelados en la por-

ción izquierda de la imagen, los fusiles y las miradas embozadas de los combatientes, los balcones que protegen a quienes participarán vicariamente, el envión del lépero justo enfrente de un jinete, y también el hecho de que el establecimiento de la esquina sea una vinatería, son un mapa que describe un alzamiento que apenas se inicia y anuncia también el vínculo entre alcohol y violencia que más tarde, en las primeras semanas de la ocupación, hará incierta la vida de los estadounidenses en la ciudad.<sup>36</sup> Lo que intento sugerir, de nuevo y para terminar, es que los gestos y las palabras liberales de Francisco Próspero Pérez, los del 14 de septiembre pero también los anteriores, pueden cargarse de mayor sentido si se analizan como los emblemas son escudriñados por algunos historiadores del arte: si las pala-

bras dejan de ser sonido y se convierten en leyendas, si se aplastan en dos dimensiones y, salvo por la cartela que sería indispensable añadir para no rebelarse a la costumbre, se colocan en el mismo plano simbólico que los rostros, los huachos y los rebozos que atestiguan la victoria de Winfield Scott, que las calles lodosas que llevan a San Pablo o a los embarcaderos prehispánicos, que las piedras y las persecuciones, estas emboscadas, estos combates, que están siendo más eficaces y ocurren más a menudo en los sitios adonde no llegó nunca, o sólo tardíamente, el geometrismo renacentista de los conquistadores españoles; estos indios y estas castas que siguen siendo castas e indios aunque hoy sean también chilangos y ciudadanos del estado mexicano.

## Notas

<sup>1</sup> Véase una caracterización tipológica en Torcuato S. di Tella, *Política nacional y popular en México, 1820-1847*, traducción de María Antonia Neira Bigorra, México, Fondo de Cultura Económica (Sección de Obras de Historia), 1994, pp. 90-96. Véase también Fernando Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos imaginarios: Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la república mexicana —tratado de moral pública—*, México, El Colegio de México (Centro de Estudios Sociológicos), 1992, pp. 97-118, aunque apenas repara en los *pequeños* de su especie. Sobre los intermediarios en el contexto europeo preindustrial véase George Rudé, *La multitud en la historia: los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*, traducción de Ofelia Castillo, Madrid, Siglo Veintiuno de España (Historia de los Movimientos Sociales), 1989, pp. 255-257.

<sup>2</sup> Los mejores ejemplos de esta corriente son quizá Guy P. C. Thompson, "Bulwarks of Patriotic Liberalism: the National Guard, Philharmonic Corps, and Patriotic Juntas in Mexico, 1847-88", en *Journal of Latin American Studies*, vol. 22, parte 1, febrero de 1990, pp. 31-68; Florencia E. Mallon, *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley, University of California Press, 1995; Peter F. Guardino, *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State: Guerrero, 1800-1957*, Stanford, Stanford University Press, 1996, y Guy P. C. Thomson con David G. LaFrance, *Patriotism, Politics, and Popular Liberalism in Nineteenth-Century Mexico: Juan Francisco Lucas and the Puebla Sierra*, Wilmington [Delaware], SR Books (Latin American Silhouettes: Studies in History and Culture), 1999.

<sup>3</sup> Una excepción notable, seguramente porque es resultado de otra circunstancia historiográfica, es Andrés Lira, *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México. Tenochtitlan y Tlatelolco, sus pueblos y barrios, 1812-1919*, México, El Colegio de México, 1983.

<sup>4</sup> Richard A. Warren, *Vagrants and Citizens: Politics and the Masses in Mexico City from Colony to Republic*, Wilmington [Delaware], SR Books (Latin American Silhouettes: Studies in History and Culture), 2001.

<sup>5</sup> Michael P. Costeloe, *La república central en México, 1835-1846: "Hombres de bien" en la época de Santa Anna*, traducción de Eduardo L. Suárez, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, pp. 326-327.

<sup>6</sup> Véanse Warren, *op. cit.*, *passim*, así como Michael P. Costeloe, *La primera república federal en México (1824-1835): un estudio de los partidos políticos en el México independiente*, traducción de Manuel Fernández Gasalla, México, Fondo de Cultura Económica (Sección de Obras de Historia), 1975. Sobre el más importante momento de la relación entre el radicalismo yorkino y las "clases peligrosas" véase el clásico de Silvia M. Arrom, "Popular Politics in Mexico City: The Parián Riot, 1828", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 68, núm. 2, 1988, pp. 245-268.

<sup>7</sup> Véase John Tutino, "The Revolution in the Mexican Independence: Insurgency and the Renegotiation of Property, Production, and Patriarchy in the Bajío, 1800-1855", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 78, núm. 3, 1998, pp. 367-418. Así podría interpretarse la "retirada" de las élites de los cargos municipales que analiza Richard A. Warren, "Desafío y trastorno en el gobierno municipal: el ayuntamiento de México y la dinámi-

ca política nacional, 1821-1855", en *Ciudad de México: Instituciones, actores sociales y conflicto político, 1774-1931*, compilación de Carlos Illades y Ariel Rodríguez Kuri, Zamora-México, El Colegio de Michoacán-Universidad Autónoma Metropolitana, 1996, pp. 117-130.

<sup>8</sup> José Fernando, Ramírez, *México durante su guerra con los Estados Unidos*, edición de Genaro García y Carlos Pereyra, México, Librería de la viuda de Ch. Bouret (Documentos inéditos o muy raros para la historia de México, III), 1905, p. 22, y Pedro Santoni, *Mexicans at Arms: Puro Federalists and the Politics of War, 1845-1848*, Fort Worth, Texas Christian University, 1996, p. 61.

<sup>9</sup> Di Tella, *Política nacional y popular...*, pp. 157-161, y Warren, *Vagrants and Citizens*, p. 111.

<sup>10</sup> Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, prólogo de Fernando Curiel, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Obras Completas de Guillermo Prieto, I), 1992, p. 393, y "Segundo acto: Últimos acontecimientos de la capital de la república mexicana, [atacada] por el ejército de los Estados-Unidos del Norte, hasta el 17 de septiembre de 1847", en *Décimo calendario de Abraham López para el año bisiesto de 1848*, México, Imprenta de Abraham López, 1847 [en adelante, *Décimo calendario de Abraham López...*], pp. 39 y 44.

<sup>11</sup> Miguel Á. Sánchez Lamego, "El ejército mexicano de 1821 a 1860", en *El ejército mexicano*, México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1979, p. 127; Di Tella, *Política nacional y popular...*, pp. 157-161, y Warren, *Vagrants and Citizens*, p. 111.

<sup>12</sup> Véase Pedro Santoni, *op. cit.*, pp. 139-140.

<sup>13</sup> José Fernando Ramírez, *op. cit.*, pp. 142-144, y Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea historia de la invasión de los anglo-americanos en México*, edición facsimilar, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, [1847] 1987, vol. 2, pp. 100-101.

<sup>14</sup> En realidad, los dos términos que por lo general se asocian con el nombre del sociólogo alemán son igualmente difíciles de pronunciar; al que aludo, por supuesto, es *Gesellschaft*. Véase Ferdinand Tönnies, *Community and Society*, traducción al inglés y edición de Charles P. Loomis, East Lansing, Michigan State University Press, [1912] 1957. Sobre los jacobinos franceses véase la obra de Michael L. Kennedy, en especial *The Jacobin Clubs in the French Revolution: The First Years*, Princeton, Princeton University Press, 1982.

<sup>15</sup> Guillermo Prieto, *op. cit.*, p. 390.

<sup>16</sup> El episodio está consignado en "Entrada del General Santa Ana a México el 14 de septiembre de 1846", en *Noveno calendario de Abraham López*, México, Imprenta de Abraham López, 1847, pp. 53-58.

<sup>17</sup> Para lo que sigue, véanse Pedro Santoni, *op. cit.*, pp. 130-158, y Rubén Amador Zamora, "El manejo del fusil y la espada: los intereses partidistas en la formación de la guardia nacional en la ciudad de México, agosto-octubre, 1846", tesina de licenciatura en historia, México,

Universidad Nacional Autónoma de México (Facultad de Filosofía y Letras), 1998.

<sup>18</sup> Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, vol. II, p. 120.

<sup>19</sup> Amador Zamora, *op. cit.*, pp. 69-81.

<sup>20</sup> *El Republicano*, 3 de octubre de 1846.

<sup>21</sup> Pedro Santoni, "Los federalistas radicales y la guerra del 47", tesis de doctorado en historia, México, El Colegio de México, 1987, h. 286; la carta fue publicada por *Don Simplicio*, 7 de octubre de 1846.

<sup>22</sup> *El Republicano*, 6 de octubre de 1846.

<sup>23</sup> *El Republicano*, 7 de octubre de 1846.

<sup>24</sup> Cecil A. Hutchinson, *Valentín Gómez Farías: La vida de un republicano*, traducción de Marco Antonio Silva, Guadalajara, Secretaría General de Gobierno [Jalisco] (Historia: Documentos e Investigación, 12), 1983, p. 328.

<sup>25</sup> *El Republicano*, 7 de octubre de 1846.

<sup>26</sup> Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, vol. II, p. 120. Para todo este episodio véase también Pedro Santoni, *Mexicans at Arms*, *op. cit.*, pp. 150-151.

<sup>27</sup> Carta de Manuel Crescencio Rejón a Valentín Gómez Farías, México, 6 de octubre de 1846, en *Correspondencia inédita de Manuel Crescencio Rejón*, compilación, introducción y notas de Carlos A. Echánove Trujillo, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1948, núm. 40, pp. 87-88; el original de la carta está en el archivo de Gómez Farías, en la Universidad de Texas en Austin.

<sup>28</sup> Diario de Carlos María de Bustamante, 27 de enero de 1847, citado por Pedro Santoni, *Mexicans at Arms*, *op. cit.*, p. 176.

<sup>29</sup> Sobre la revuelta puede verse Luis Fernando Granados, *Sueñan las piedras: Alzamiento ocurrido en la ciudad de México, 14, 15 y 16 de septiembre de 1847*, México, Era, en prensa.

<sup>30</sup> Doroteo Negrete, *La verdad sobre la figura militar de don Miguel Negrete*, Puebla, La Enseñanza, 1935, p. 18.

<sup>31</sup> *Décimo calendario de Abraham López...*, p. 66. Sobre Abraham López, en especial sobre su carácter de autor y no sólo de impresor y editor, véase María José Esparza Liberal, "Los calendarios de Abraham López: Litografía, guerra y censura", ponencia presentada en las "Primeras Jornadas 2001", Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, 19 de junio de 2001.

<sup>32</sup> Se trata de cuatro artículos que aparecieron en la *Revista Universal* los días 12, 19 y 26 de septiembre y 3 de octubre de 1875. Se citan aquí tal como aparecen en Guillermo Prieto, *Mi guerra del 47*, edición y prólogo de María del Carmen Ruiz Castañeda, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Coordinación de Humanidades) (Voces de la Hechicera), 1997, pp. 127-128. El epígrafe con que comienza este trabajo proviene del mismo pasaje. Prieto escribió que no hacía más que reproducir las "memorias" de un viejo amigo, Martín Zapatilla, lo que a mí me parece —a pesar de las apariencias— que es no un mero y manido recurso narrativo; véase Luis Fernando Granados, " 'Por mi voz habla la voz...' : Notas

sobre los artículos de Guillermo Prieto acerca de la ocupación de la ciudad de México en 1847", en *Tipos y caracteres: La prensa mexicana (1822-1855)*, compilación de Miguel Ángel Castro, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Instituto de Investigaciones Bibliográficas), 2001, pp. 49-56.

<sup>33</sup> Ramón Alcaraz et al., *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, edición facsimilar, México, Siglo XXI (Historia), [1848] 1977, pp. 337-338, y oficio de Antonio López de Santa Anna al ministro de Guerra y Marina (en Querétaro), Tehuacán, 21 de noviembre de 1847, en Antonio López de Santa Anna, *Detalle de las operaciones ocurridas en la defensa de la capital de la República, atacada por el ejército de los Estados Unidos del Norte. Año de 1847*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1847, p. 33.

<sup>34</sup> Laura Herrera Serna, "Bajo la sombra de las barras

y las estrellas: La ciudad de México durante la ocupación norteamericana (1847-1848)", mecanoescrito, México, 1998, capítulo II, h. 236.

<sup>35</sup> Se reproduce el grabado en María José Esparza Liberal, "La insurgencia de las imágenes y las imágenes de los insurgentes", en *Los pinceles de la historia: De la patria criolla a la nación mexicana, 1750-1860*, catálogo de la exposición, México, Museo Nacional de Arte-Banamex-Patronato del Museo Nacional de Arte/Universidad Nacional Autónoma de México (Instituto de Investigaciones Estéticas)/Consejo Nacional Para la Cultura y las Artes (Instituto Nacional de Bellas Artes), 2000, p. 141.

<sup>36</sup> Véase Fabiola García Rubio, "La entrada de las tropas del general Winfield Scott a la ciudad de México: Interpretación de la litografía de Carl Nebel", tesis de licenciatura en historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Facultad de Filosofía y Letras), 2000.



Anónimo, siglo XVIII. Retrato del obispo Palafox. Capilla de la tercera orden. Iglesia del Carmen, Puebla.



Anónimo. Visión de Palafox ante la Virgen. Catedral de Burgo de Osma.